

24 de marzo de 2015.

El síntoma Aristegui.

Eduardo García Silva

En algún momento, entre 1969 y 1970, Lacan definió al síntoma como “*el retorno de la verdad en la falla de un saber*”, lo que implica que en el saber se abre de pronto un agujero, que nos podemos imaginar como las fallas geológicas, desgarraduras en la tierra que nos muestran sus entrañas. Ahora bien, como la verdad no puede decirse toda y sólo se dice a medias, se concluye de esto que la verdad señala hacia un punto donde se encontraría un garante, un punto irreductible donde se concentra toda posibilidad de sentido y que organiza la historia de un sujeto. Sin embargo, ese punto irreductible estructura el decir de todo sujeto al ofrecer la posibilidad de sentido y abrir el campo a la significación, lugar del mito como explicación de todo inicio, de toda historia, por eso la verdad tiene estructura de ficción.

Cuando se habla desde el saber inevitablemente se tiene la experiencia de que ese saber tarde o temprano encuentra sus límites, así todo discurso pierde eventualmente su curso por la aparición de una contingencia que lo desvía, que lo hace pasar de una vía a otra. Esta es la experiencia del lapsus freudiano, el “*yo no quería decir eso*”, pero “eso”, ¿se dice!

En México, la periodista Carmen Aristegui habla, y al hablar plantea preguntas. Su discurso resulta incómodo para muchos que temen que ese discurso apunte a la verdad que se oculta detrás de las versiones oficiales sobre aquello que la periodista denuncia. Cosa curiosa, Carmen Aristegui en ningún momento ha hablado de que exista una verdad oculta en los discursos oficiales, lo único que ha hecho es señalar las fallas de ese discurso que se apuntala en un saber (estadísticas, encuestas, “verdades históricas”, etc.) Así, Carmen Aristegui se convirtió en el síntoma del discurso oficial, del discurso del gobierno, es la verdad que asoma las narices en la falla de ese saber y al mismo tiempo una verdad que precisamente falta. Lacan menciona que la verdad sólo se dice a medias, ¿cómo leer esto en lo que podríamos llamar el *síntoma Aristegui*? Pues bien, cuando Aristegui habla y plantea las inconsistencias del discurso oficial y se hace evidente que ese discurso oficial no se sostiene (comprar la “casa blanca” con un sueldo de actriz de televisa, no participación del ejército en la desaparición forzada de 43 normalistas, crecimiento de la economía mexicana, beneficios para el país por la privatización de sus recursos, elección amañada de un ministro en la Suprema Corte de Justicia?, y un largo etcétera), cuando se hace evidente entonces que ese discurso oficial no se sostiene aparecen las preguntas. La denuncia de Aristegui es por eso una enunciación a la que le hace falta el enunciado, definición lacaniana del enigma. Aristegui plantea enigmas, o mejor dicho, los devela como tales.

Cabe señalar que hasta ahora Carmen Aristegui no ha culpado ni acusado a nadie, ni ha dicho que ella sepa la verdad sobre las cosas, sólo ha preguntado y ha señalado las circunstancias que motivan las preguntas, ¡nada más! Cuando mucho, en su mensaje del día 19 de marzo dijo –al ser cuestionada específicamente sobre la posibilidad de que se orquestara la censura desde los pinos– que todo apunta a que así es.

¿Por qué entonces esa respuesta desmedida de parte del gobierno y de la radiodifusora que la corrió? ¿no le dan la razón cuando le quieren quitar los micrófonos? ¿Si no se sienten (o saben) inculcados, por qué entonces silenciar las denuncias? ¿temen que alguien dé con el enunciado que falta a la enunciación?

En todo caso con ese bruto movimiento, lejos de quitarle los micrófonos, le han dado más notoriedad, más micrófonos, más cámaras y más presencia de la que tenía antes, incluso internacionalmente; lindo ejemplo de la pifia propia del obsesivo, que intentando anular los efectos de un acto con otro, los redobla, como destino de tragedia griega donde el héroe por intentar evitar su destino termina produciéndolo, Lacan lo planteó así: “*el obsesivo anticipa siempre demasiado tarde*”.

El fenómeno social producido a partir de ese acto de represión a la palabra da cuenta del valor de la misma. La gente que se siente ofendida y atacada por ese acto, no sólo se identifica a la reportera (aunque muchos lo estén), lo que sería solamente una manifestación propia de la psicología de masas que describió Freud, sino que se siente desposeída de un espacio donde su palabra hacía lazo con el otro por encontrar eco, por sentirse escuchados. Así, somos testigos de un fenómeno hartito interesante, a saber, los escuchas del programa de la reportera son los que se sienten escuchados por ella, los lugares se han invertido.

Entonces, digamos que han puesto de patitas en la calle a una mujer por irreverente, por andar planteando preguntas incómodas que hacen pensar a la gente, preguntas peligrosas, ¡Aristegui, la Esfinge!

Bien, la quisieron callar y al no poder callarla la lanzaron a la calle. El impedirle la entrada a lo que había venido siendo su lugar de trabajo dejándola en la calle, expresa abiertamente un “¡cálllese!” (palabra que hizo popular a un chiste en época del presidente Calles y que hoy toma actualidad por sus implicaciones para quienes recuerden el chiste que forma parte ya del folclor mexicano; para quien no lo recuerda, el chiste era: “-¿Quién mato a Obregón? -¡Calles-é!”). La consigna era clara: “antes de *que-halle*; ¡*que se calle o a la calle!*”, la metáfora se explica sola. Pero andar de patitas en la calle forma parte esencial de cualquier periodista, de otra forma ¿cómo comunicar lo que acontece en el mundo y en la vida cotidiana? Ahora la gente ha tomado las calles para expresar su respaldo a la periodista, al menos la calle donde se encuentra la emisora; así, la voz de todos representada por Aristegui pasó del micrófono a las calles donde, la voz de todos en Aristegui se deslizó a las voces de todos por la de ella y ahora mismo esas voces como una voz se hacen escuchar en videos, artículos periodísticos, en el hashtag de twitter, en las publicaciones de facebook, etc, esa voz aparece por doquier sin que se pueda ya identificar una única fuente, un verdadero efecto acusmático.

El riesgo ahora es que se eleve a Aristegui a la categoría de heroína, primero porque no lo es y no lo es porque no está en posición sacrificial y en segunda porque poner a alguien como héroe corre el

gran riesgo de que se acabe por crear un dirigente, un líder, es decir, un amo, lugar que parece estar muy lejos de las pretensiones de la reportera. Ya hay quienes piensan en apoyarla para la presidencia, justo lo que advirtió Lacan a los revolucionarios de los 60's: si buscan un amo, seguro lo encontrarán, y la revolución se presta siempre a eso, como bien da cuenta de ello el Partido Revolucionario Institucional.

Un síntoma es siempre una metáfora de otra cosa que la anuncia y la evidencia desde ese lugar de falla, es decir, lo que aparece como queja para el sujeto. Aristegui dio lugar a las quejas de la gente, luego esas quejas evidencian la falla del saber, como ya se comentó, y lo convocan a dar cuenta de esa falla; se ha pasado de la queja a la pregunta, como en todo análisis cuando un sujeto deja de quejarse para preguntarse por qué está en la situación en la que está.

Por último, el nombre de la radiodifusora en su función de significante pone en juego una ominosa vigilancia, "multivisión", palabra que se acerca al panóptico, condición que permite al amo vigilar mirando al sujeto con una mirada omnipresente. Por otro lado, "MVS" se lee como "*eme ve ese*" que se desliza a "*jeh! jme ve ese!*". Estas delirantes asociaciones mías no tienen que ser compartidas evidentemente por otros, tampoco pretendo que develen un significado oculto detrás del manifiesto por el juego de palabras, tengo claro que son mis asociaciones y entonces escribo como analizante, no como analista, cada quien juzgará la pertinencia de tales ocurrencias y sabrá si algo de eso es compartido por su propia subjetividad. Yo sigo: "MVS" con el acto de despido se con-virtió en "*jeh!, jme ve ese!*", es decir, se hizo obvio para quien hablaba que un amo lo miraba... pero no lo escuchaba.

Mirada y voz son dos de las formas de la falta que Lacan propuso como no especularizables, pulsión pura. El amo miraba al sujeto hablar, el sujeto vio que el amo no escuchaba, ahora los sujetos hablan una voz en la que cada uno se escucha y la anteponen a la mirada del amo. ¿Qué hará el amo ante esa voz del todos-Uno que como tal resulta ser erótico? Sabemos que lo más seguro es que su respuesta no sea ética, es decir, que no de cuenta de su castración y asuma sus consecuencias tomando una posición ante sus límites y se ponga manos a la obra para tomar a su cargo sus faltas y entonces poder pasar a otra cosa.

Por su parte, la irreverente Aristegui se negó a la ley del amo, tricolor en este caso, en favor de la de los dioses, la de la palabra, el periodismo en este caso, como cuando Antígona desobedeció a Creonte y fue sepultada viva. A Antígona la encerraron y a Carmen la echaron fuera, la cosa es que el cuestionamiento y la irreverencia no los soporta el amo sencillamente porque el cuestionamiento y la irreverencia no soportan a ningún amo, lo hacen caer. Un amo tiene, por eso, su soporte en una dialéctica donde el otro lo reverencia, aplaude y obedece: el esclavo. Encerrar y expulsar, ¿poner dentro o poner fuera? ¿retener para castigar o expulsar para de-mostrar? ¿cagarla o no cagarla? Tal es la dificultad en la que se pone un obsesivo cuando se le aparece la castración. Al final, no puede evitar la pifia.

Coyoacán, Ciudad de México.